

HECHOS SILENCIOSOS

Antología de cuentos
de terror de la UACM

lumbre

Copyleft © 2026

Editorial Lumbre. Proyecto autogestivo de la
Universidad Autónoma de la Ciudad de México.
Plantel San Lorenzo Tezonco.

Producción editorial del Laboratorio de Comunicación Gráfica
del Plantel San Lorenzo Tezonco

Equipo editor: Las Silenciosas

Edición: Diana Paola Cruz Soriano. Diseño y formación: Fatima Karol Vallejo Robles.
Producción: Dennys Paola Martínez Torres, Fatima Karol Vallejo Robles, Daniela López Jacinto, Diana
Paola Cruz Soriano. Distribución: Daniela López Jacinto.
Recursos digitales: Daniela López Jacinto.

Primera edición marzo 2026

Impreso en México

Esta es una obra de *copyleft*, sólo puede ser reproducida si se da claramente el crédito
a las autoras y autores, a la Editorial Lumbre y si se publica también bajo licencia de *copyleft*.
Lo contrario es una violación del principio de colaboración y de libre circulación de las ideas.

ÍNDICE

Drenarle los ojos	9
Maricarmen Aguirre Urióstegui	
Engendro	15
Maricarmen Aguirre Urióstegui	
La premonición	21
Maricarmen Aguirre Urióstegui	
Misa de Medianoche	27
Britany Jaquelín Villegas Serralde	
Por un hijo	33
Maricarmen Aguirre Urióstegui	

Presentación

Esta antología reúne varios cuentos de terror que nos muestra distintas formas donde el miedo puede aparecer en la vida de las personas, ya que en estas historias no solo se habla de fantasmas o cosas sobrenaturales, sino también de emociones intensas como la desesperación, la tristeza, la obsesión, la fe y el deseo de cambiar la realidad; por eso, mientras uno se adentra a las distintas historias, se puede notar que el terror no siempre viene de algo desconocido, sino también de las decisiones que las personas llegan a tomar cuando atraviesan dificultades.

Un elemento importante de estos relatos es que muchas de las historias comienzan con situaciones que se pueden considerar normales, como ejemplo, las personas que buscan ser felices, que quieren salvar a alguien, que intentan comprender lo que les pasa o que desean cumplir un sueño; sin embargo, poco a poco esas situaciones se van transformando en algo oscuro y perturbador, ya que esto hace que el lector sienta una mezcla de curiosidad y tensión, debido a que los personajes entran en un camino del que ya no pueden salir.

En algunas historias se presentan temas relacionados con lo sobrenatural como rituales, brujería o presencias extrañas que influyen en la vida de los personajes; en otros casos, el miedo suele aparecer a partir de cosas más cercanas a la realidad, como la violencia, el fanatismo o la obsesión por conseguir algo sin importar el costo,

lo que demuestra que el terror puede surgir tanto de lo paranormal como en la propia conducta humana.

Algo que me parece interesante es que varios de los personajes toman decisiones de manera impulsiva, por sus emociones, algunos buscan la felicidad, otros quieren evitar una tragedia o cumplir un deseo muy fuerte, pero al hacerlo terminan enfrentándose a consecuencias que no esperaban, ya que de esta forma los relatos muestran cómo a veces las personas, por intentar cambiar su destino o resolver sus problemas, pueden llegar a empeorar las cosas.

En general, esta antología no solo busca provocar miedo, sino también hacer reflexionar al lector sobre los límites que generan las acciones humanas, ya que a través de estas historias se puede pensar en cómo el miedo, la fe, la desesperación y el deseo llevan a las personas a cruzar ciertos límites sin darse cuenta de lo que pueden ocasionar.

Con base en lo anterior, esta antología muestra que el verdadero terror muchas veces no está solamente en los monstruos o en los fantasmas, sino en la mente humana, en lo que creemos y en lo que somos capaces de hacer cuando sentimos que no tenemos otra salida.







Drenarle los ojos

Maricarmen Aguirre Urióstegui

Adriana era una mujer de 40 años, alta, delgada y de cabello negro; su temperamento era melancólico. Durante toda su vida había luchado contra depresiones que la tenían sumida durante meses, hasta que a los 20 años decidió ir a terapia psicológica. Su melancolía era tan grave que la canalizaron a psiquiatría donde los medicamentos la ayudaron a mejorar. A los 18 años, comenzó a estudiar biología, pero se cambió de carrera a Psicología. Pronto se perfiló para convertirse en una excelente psicoterapeuta.

A los cuarenta años, ya tenía una cerrera llena de pacientes satisfechos. Ayudar a la gente le calmaba la melancolía, pero siempre que regresaba a su solitaria casa, se volvía a sumir en una tristeza absoluta.

Adriana decidió que tenía que encontrar más soluciones para su melancolía, aunque no fueran las formas convencionales. Un día de octubre, fue al Centro Histórico a cuchichear en los libros de viejo. Una sección escondida le llamó la atención. El letrero decía en letras discretas y oscuras: “Brujería”. Una fuerza extraña la arrastró a hojear varios libros de estos. Adriana tomó tres de los libros y los compró a un precio muy accesible.

En su casa los leyó con más atención. Llegó a leer el libro más viejo de los tres, el cual tenía conjuros poco comunes y para necesidades que parecían ser del siglo pasado. Pronto vio uno que decía: “Conjuros para recuperar la felicidad con

ayuda de tus ancestros”. El conjuro pedía específicamente que se realizara en Día de Muertos.

El 31 de octubre Adriana colocó la ofrenda para sus seres queridos. Les preparó una comida especial y les sirvió sus bebidas favoritas. Encendió once velas como las pedía el conjuro y colocó también once ramos de flores de cempaxúchitl.

El primero de noviembre a las 12 de la noche empezó el conjuro. Encendió las once veladoras y las encomendó a cada uno de sus seres queridos, también les ofreció las flores y la comida. Pronunció en voz alta: “Por la sangre mis ancestros que querían mi felicidad y yo la de ellos, ayúdenme a absorber la alegría del mundo para que nuestro linaje brille por toda la eternidad”. Repitió esta oración once veces por cada una de las veladoras. Soñó con todos sus ancestros: abuelos, papás, tíos, amigos y hasta mascotas.

El tres de noviembre Adriana recibió a un nuevo paciente en su consultorio. Su nombre era Germán, tenía 30 años y una vida tranquila llena de éxitos. Sólo acudía a consulta porque quería tener mejores herramientas para ser líder. Germán parecía tenerlo todo: autoestima, una relación estable y un buen trabajo. Desbordaba felicidad, justo el tipo de perfil que Adriana necesitaba para salir de la tristeza.

Adriana rápido entró en confianza con él. Germán comenzó a platicarle lo buena y feliz que había sido su infancia. Entonces Adriana comenzó a hacer lo que pedía el ritual del libro de hechicería. Fijó sus ojos en los de él y repitió mentalmente un conjuro. Adriana sintió cómo iba absorbiendo la alegría de Germán. Una luz deslumbraba sus ojos y se iba metiendo a ellos, podía sentir la textura viscosa de esa luz, cómo le llegaba al corazón, al estómago e invadía todo su cuerpo. Al final, Adriana sintió la felicidad

de una niña maravillada.

La segunda terapia con Germán se presentó con una novedad: el muchacho, después de la terapia de la semana pasada, discutió fuertemente con sus padres. El chico lloró amargamente durante la mitad de la sesión. Adriana intentó absorberle energía, pero se dio cuenta que no funcionaba mientras él estuviera sintiéndose desanimado. Entonces, comenzó a hacerle preguntas para que se sintiera más feliz. Lo motivó a recordar otros eventos de su infancia en los que sus padres lo hicieran sentir seguro. Cuando el estado de ánimo de Germán cambió, Adriana hizo contacto visual con él y repitió en su mente un conjuro. La luz de Germán pronto recorrió las venas de Adriana. Ella no podía evitar sonreír para sí misma.

Los días de Adriana se volvieron más luminosos desde que empezó el conjuro con Germán. Cuando recordaba los ojos de aquel feliz muchacho, volvía a sentir cómo absorbía esa felicidad. Había días que olvidaba tomarse sus antidepresivos, pero no se percataba de ello porque estaba feliz la mayor parte del día.

Germán llegó muy triste la tercera sesión porque le confesó a la terapeuta que su mamá estaba hospitalizada. Dijo que se había puesto muy mal la noche en la que él recibió la terapia. Germán volvió a llorar desesperadamente durante la mitad de la sesión. Adriana lo motivó a que recordara momentos felices con su mamá. La cara de Germán se iluminó y no dejaba de reír recordando momentos graciosos con ella. Adriana hizo contacto visual con él y volvió a repetir el conjuro. La terapeuta pronto sintió cómo recibía la descarga de felicidad de Germán a través de sus ojos. Terminada la sesión, ella se sació de felicidad.

La última sesión que Germán acudió a terapia con Adriana fue para decirle que su madre había fallecido. Él estaba tan abatido que no hubo manera de que la psicóloga

podiera absorberle algo de felicidad. Adriana lo canalizó con un psiquiatra y una tanatóloga.

Así fue como Germán comenzó a tomar antidepresivos y tornarse cada vez más melancólico. En cambio, Adriana vio cómo su vida se fue pintando de amarillo, de una felicidad tan radiante como lo había sido Germán alguna vez. La psicóloga estaba tan embriagada de la felicidad que había chupado de él que comenzó a hacerlo con cada uno de sus pacientes. Terapia a terapia, Adriana veía cómo la vida de sus pacientes iba en declive hacia una melancolía inevitable, hacia la tristeza que había acompañado a ella durante años. Pero ella ya era adicta a la felicidad que les drenaba de sus ojos con la ayuda de los ancestros a los que conjuró un Día de Muertos.

Maricarmen estudia Creación Literaria en la UACM. Le encantan los gatos, los edificios voluminosos y escribir poesía acompañada de una chela o un café. Cree que el destino se forja con las decisiones de todos los días.





Engendro

Maricarmen Aguirre Urióstegui

Me llamo Grecia. Soy aficionada a las historias de terror y de misterio, y más porque trabajo en una morgue como médica forense. Mi esposo se llama Jorge. Al contrario que a mí, le aterran los relatos de horror. Él es más sensible porque trabaja como terapeuta educacional de niños. Por desgracia, ahora podemos dar fe de lo sobrenatural y del horror que se siente enfrentarse a él, a lo que está más allá de lo racional y de lo perceptible. He aquí nuestra historia.

Jorge y yo decidimos irnos en semana santa de vacaciones. Acordamos ir a pasar unos días a la casa de su abuela en la región de Tierra Caliente en el estado de Guerrero. Jorge extrañaba a su abuela, quien murió a causa de la pandemia. Así que decidimos que sería un buen realce a nuestra relación estar solos en una casa llena de recuerdos.

Durante el viaje, estuvimos rodeados de los pinos propios de la región boscosa del Estado de México. A medida que fue avanzando la mañana, nos adentramos en la zona esteparia de Guerrero. Pronto sentimos los efectos del calor en nuestros cuerpos. El sol nos acompañó la mitad del trayecto hasta que llegamos después de seis horas de viaje.

La casa de la abuela estaba dentro de un jardín enorme con algunos árboles que se veían descuidados y secos. La casita de adobe y teja también se veía descuidada; la pintura estaba casi por completo carcomida. El

polvo cubría casi todos los muebles, excepto la cocina.

Pasamos el resto del día limpiando la casa. Al principio, sentí una atmósfera densa y misteriosa que atribuí a las condiciones de abandono. Sin embargo, cuando terminamos de escombrar, la casa se seguía sintiendo en una penumbra constante. Además, a medida que caía el atardecer, sentía que alguien más estaba con nosotros, que no éramos sólo nosotros dos como lo habíamos planeado.

Nos fuimos a dormir a las diez de la noche. Jorge se quedó dormido rápidamente, yo simplemente no podía porque no lograba sacarme de la mente la sensación de que no estábamos solos. De repente, el calor me embriago tanto que quedé sumida en un profundo sueño.

A las 3:30 de la mañana me despertó un sobresalto y una sed insoportable. Con todo el pesar de mi ser, supe que tenía que ir a la cocina por algo de agua si quería volver a conciliar el sueño. Salí del cuarto a puntapiés, como si no quisiera despertar a lo que fuera que estaba ahí con nosotros. A medida que caminaba sentía como si las sombras de los muebles me apretujaran y la atmósfera de la casa se hiciera más densa. Para llegar a la cocina tenía que pasar por el jardín donde había un árbol ya casi seco. Cuando me encontraba justo a mitad de éste, vi a una anciana cadavérica que me llamaba con sus manos. Apenas se le podía distinguir el rostro por el rebozo que tenía encima, pero pude adivinar que no tenía ojos. Su piel era verdosa, como si se encontrara en estado de putrefacción. Abría la boca de manera sobrehumana intentando gesticular algún sonido y me seguía llamando con sus manos esqueléticas.

—¡Grecia! —dijo entrecortadamente—. No me dejan descansar. Ayúdame.

Sentí cómo me volví loca cuando la anciana me habló.

—¡Jorge, Jorge! —Alcancé a gritar.

La anciana me señaló hacia el suelo del jardín donde

había un montículo de tierra recién escarbado. Jorge llegó y quedó paralizado al ver al fantasma de su abuela. Ambos nos tomamos de la mano.

—¡Hijo! —dijo la abuela, señalando al montón de tierra—. Sáquenlo de mi casa. No me dejan descansar.

De la tierra salió una figura humanoide con siete cabezas. Comenzó a arrastrarse hacia nosotros mientras sus bocas emitían gritos. Tenía balazos por todo su cuerpo desnudo; lo cubrían pedazos de carne y sangre coagulada. No tenía ojos, sólo se veían las cuencas, como si se los hubieran sacado con un cuchillo. Se retorció como una culebra mientras avanzaba hacia nosotros. Jorge tomó un machete. Propinó machetazos a cada una de las cabezas hasta desca-bezarlas mientras éstas gruñían con terror. La sangre llenó todo el jardín. Aquel monstruo se convulsionaba mientras yo lloraba del miedo y Jorge se arrodillaba agotado rogando a Dios por nosotros.

Cuando nos cercioramos de que el monstruo había quedado completamente desangrado y no se movía, recorrimos el jardín. Se trataba de un cementerio clandestino: había cuerpos a medio enterrar, todos con las cabezas decapitadas; también había pedazos de cuerpos: manos, brazos, piernas por todos lados. Pero eso no era lo peor. Del montículo donde salió el monstruo, se veía cómo palpitaba la tierra y absorbía la sangre de todos los cadáveres. Vimos con terror que otra figura humanoide se estaba gestando dentro de ella y cómo se le iban insertando las cabezas de los decapitados. Jorge macheteó aquel engendro hasta el amanecer. Era aquel cementerio el que no dejaba descansar a su abuela.

Al día siguiente, después de asegurarnos de no dejar ninguno de esos engendros vivos, huimos de aquella casa. Semanas después, nos enteramos de que era un primo de Jorge el que seguía frecuentando la

casa de la abuela.

Por desgracia, después de la muerte de ella, este primo se unió a un grupo de narcotraficantes de la región. Su labor era desaparecer los cuerpos de las víctimas del narco. Usaba la casa abandonada de la abuela para asesinarlos, descuartizarlos y enterrarlos.

Maricarmen estudia Creación Literaria en la UACM. Le encantan los gatos, los edificios voluminosos y escribir poesía acompañada de una chela o un café. Cree que el destino se forja con las decisiones de todos los días.





La premonición

Maricarmen Aguirre Urióstegui

El invierno en el que Ramiro cumplió 39 años, cambiaría su vida apacible para siempre. Ramiro comenzó a tener ataques de ansiedad durante las noches después de su nombramiento como jefe de residentes de obra. El insomnio se le prolongaba tanto que la alarma lo sorprendía a las 6 de la mañana para irse a trabajar. Con todas sus fuerzas, laboraba cansado y de mal humor.

Después de quince días sin dormir, consultó a un psiquiatra quien le recetó unas pastillas para dormir. El remedio funcionó la primera semana: pudo dormir hasta cinco horas seguidas. Por desgracia, al transcurrir de los días, las horas que dormía iban disminuyendo.

A los tres meses de tener insomnio, comenzaron las pesadillas. Entre sueños, veía a una bruja en los tejados de los vecinos. Ramiro intentaba cerrarle el paso a esta bruja, pero ella lograba vencerlo, tirarlo contra el piso y absorberle el alma. Otras veces, lograba vencer a la bruja, pero ésta se llevaba alguna parte de su cuerpo.

Ramiro comenzó a soñar con personas que conocería después. Una noche soñó con un joven oaxaqueño que se acercaba lentamente a él mientras atardecía. Al día siguiente, le presentaron a una cuadrilla de albañiles y chalanés; entre estos trabajadores estaba el joven que soñó la noche anterior. Ramiro trabajó distraído durante el resto de la jornada laboral. No podía evitar voltear a ver a cada rato a Juan y recordar el sueño de la noche anterior.

Una noche soñó con una junta de padres de familia en la secundaria de una de sus hijas. El sermón de los profesores que escuchó claramente durante su sueño resultó ser el mismo que dijeron los profesores al día siguiente. Era como estar viviendo dos veces, la única diferencia es que cuando estaba despierto entraba en un estado de shock porque no podía creer que el sueño le anticipara lo que estaba a punto de vivir.

Una madrugada Ramiro soñó que el chalán oaxaqueño caía desde el quinto piso de la construcción. Ramiro se espantó tanto que no tuvo valor de presentarse a trabajar al día siguiente. No hizo falta que asistiera a la obra, el maestro de obras le avisó a Ramiro que Juan falleció al instante después de caer del quinto piso del edificio. La obra se detuvo varios días en lo que los policías hacían la investigación, pero no se detuvo tanto como la psique traumada y atormentada de Ramiro. A partir de ahí supo que sus premoniciones eran reales.

Cassandra, una de sus hijas, acababa de cumplir 15 años y estaba a punto de entrar a la preparatoria. Como cada luna llena, Ramiro esperaba tener su ya usual enfrentamiento con la bruja de los tejados. Pero la vida le dio una terrible sorpresa en sus sueños. Ramiro se encontraba en un cruce peatonal, muchos estudiantes jóvenes pasaban corriendo entre los autos. Vio cómo se acercaba Cassandra al cruce peatonal, pero ella iba distraída con el celular sin mirar al semáforo. De repente, uno de los microbuses aceleró más de lo habitual. Cassandra siguió caminado sin mirar a su alrededor. Sus amigos no alcanzaron a detenerla. El microbús arrojó su cuerpo varios metros más adelante. La sangre fresca marcaba un camino hasta su joven cuerpo desnucado. Ramiro sintió que se desmayaba en el sueño.

La taquicardia y sus desesperados gritos lo despertaron

Esa madrugada lo llevaron a emergencias por un severo ataque de ansiedad.

Los siguientes días, Ramiro pensó en soluciones para que no se cumpliera la premonición. Contactó a una bruja muy famosa del Cerro de la Estrella. Ramiro le contó sus problemas de sueño, ansiedad y premoniciones que le aquejaban desde hacía meses. Directamente le dijo que lo que le llevaba con ella era evitar que atropellaran a su hija Casandra. Estaba dispuesto a pagar cualquier precio.

La bruja comenzó su trabajo. Entró en un estado de trance en el que bailaba y gritaba palabras ininteligibles. Pasados unos minutos, las palabras se fueron haciendo cada vez más claras. Un fantasma o ente del bajo astral se hizo presente. Le prometió que la profecía no se cumpliría si le ofrendaba un cabrito y unos huesos de muerto. Pero eso no era todo, a cambio de la vida de su hija, Ramiro perdería diez años de vida, no menos. Ramiro, cegado por la necesidad de salvar a Casandra, aceptó las condiciones del ente y de la bruja. La noche siguiente sacrificaron al cabrito con los huesos de muerte y Ramiro entregó diez años de su existencia.

Casandra entró a la preparatoria unas semanas después del pacto. Ramiro le insistió a su esposa que fuera a recogerla casi todos los días. Los sueños de Ramiro dejaron de ser oscuros, incluso la bruja del tejado de todas las lunas llenas dejó de ir a retarlo. Sus sueños empezaron a ser normales: ilógicos, vagos, sin sentido; ningún nuevo rostro se le presentó. Ahora podía dormir más de cinco horas seguidas y su desempeño en el trabajo volvió a la normalidad. Volvió a gozar de los placeres de las siestas de los fines de semana después de comer. La vida y los sueños parecían sonreírle de nuevo.

El 29 de enero, el día que Ramiro cumplió 40 años prometía ser un día de invierno lleno de felicitaciones y

regalos. Ramiro fue solo a la pastelería a comprar su pastel de chocolate favorito. En la avenida apenas había personas, casi todas estaban en casa evitando el frío. Los autos pasaban en desorden porque el semáforo no funcionaba, apenas parpadeaba. Un tráiler pasó a más velocidad que la debida. Ramiro no se fijó ni en los carros ni el semáforo por estar cuidando que no se le cayera el pastel. El tráiler no alcanzó a frenar. El cuerpo de Ramiro quedó embarrado junto con el pastel entre las llantas del tráiler.

Nada pudo evitar la premonición, sólo cambió de rostro, de víctima. Lo que Ramiro no sabía antes de reducir sus años de vida es que originalmente iba a vivir hasta los 50 años, y ese día cumplía 40 años, diez años menos, los diez años que le entregó al ente del bajo astral con tal de que no se cumpliera su sueño.

Maricarmen estudia Creación Literaria en la UACM. Le encantan los gatos, los edificios voluminosos y escribir poesía acompañada de una chela o un café. Cree que el destino se forja con las decisiones de todos los días.





Misa de Medianoche

Britany Jaquelin Villegas Serralde

En el pequeño pueblo de San Judas del Monte, la campana de la iglesia no solo marcaba las horas, marcaba el ritmo de una devoción asfixiante. El pueblo buscaba consuelo por la misteriosa desaparición de tres niños pequeños: Juan, Rafael y Mateo, que ocurrió en los últimos meses. El sacerdote Cristóbal, un hombre de hombros rectos y mirada de acero, era el pilar de la comunidad. Para él, el pecado original no era una metáfora, era una mancha física que se veía en el rostro de cada habitante del pueblo: todos eran sospechosos. Él estaba convencido de que solo la extracción de la pureza antes de que fuera corrompida por el tiempo podía salvar a la humanidad. Así que trazó un plan divino y misericordioso para librar el pecado que abundaba en San Judas del Monte. En Domingo de Resurrección, por primera vez y a petición del sacerdote, la misa se daría a medianoche. Los habitantes se preparaban para celebrar el día.

Pero el pueblo no era el único que hacía los preparativos para la misa. Tras las puertas de roble de la sacristía, en una pequeña habitación que olía a incienso y cera de vela derritiéndose (un aroma dulce y denso a la vez), el sacerdote vestía sus mejores galas. Mientras abotonaba sus prendas susurraba: “dejad que los niños se acerquen a mí porque de ellos es el reino de los cielos”, repetía una y otra vez hasta

terminar de vestirse.

Miró fijamente el ropero y enseguida miró el libro del bendicional. Lo abrió. Dentro de él estaba un cuchillo de plata litúrgica; no era un arma, sino que era la llave del sacrificio que libraba de todo mal. Las víctimas del sacrificio eran elegidas con precisión: aquellas pequeñas almas cuyos ojos aún no habían aprendido a mentir.

Con serenidad salió de la habitación, dio pasos firmes dirigiéndose a la entrada de las puertas de la iglesia, cerró con llave, soltó un suspiro, dio la vuelta y elevó la mirada hacia el techo.

—Por fin —dijo mientras extendía las manos en adoración al cielo.

En voz alta comenzó a decir: “dejad que los niños se acerquen a mí porque de ellos es el reino de los cielos”, repetía una y otra vez dirigiéndose al altar. Una vez llegando ahí, sacó de su bolsillo unos cerillos, encendió los cirios y dio un beso a la mesa con mantel blanco. Caminó hacia la habitación con mucha calma, tomó el libro bendicional y el incensario. Salió para colocarlos sobre la credencia.

Entró nuevamente a la habitación. De su cuello colgaba una llave para abrir el ropero del que sacó un bulto, lo cargó entre sus brazos y se dirigió hacia el altar. Lo colocó sobre la mesa y, con las manos elevadas en oración, miró al cielo. Se detuvo unos instantes, después bajó la mirada y puso las palmas sobre el bulto como si concentrara toda la fe en él.

Abrió el bulto. Ahí estaba el pequeño Mateo, sedado por una mezcla de hierbas y vino sagrado. Todo era confuso para él. Sin más, el Sacerdote Cristóbal comenzó el ritual.

—Purifícame, Señor, con el hisopo y quedaré limpio; lávame y quedaré más blanco que la nieve —recitaba con voz firme.

—Estamos aquí, Mateo, para que nos entregues en cuerpo y alma tu pureza, tu inocencia, tu luz —decía mientras en

la credencia estaba el libro bendicional.

Abrió el libro y ahí estaba el cuchillo. Él no buscaba el dolor, buscaba la esencia, la divinidad. Con una incisión precisa en la carótida, permitía que la vida de Mateo fluyera hacia un cáliz de oro macizo. A unas horas de iniciar la misa, él sacerdote observaba el líquido carmesí con un éxtasis místico, creyendo que en ese fluido residía la luz pura que Dios había depositado en la Tierra y que los hombres desperdiciaban al crecer. Mientras, el cuerpo del pequeño se enfriaba, convirtiéndose en un recipiente vacío.

—Éste es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo

—seguía diciendo. Él no veía crueldad en sus actos, sino una misericordia extrema.

Finalmente, al obtener el líquido sagrado, vio la ausencia en los ojos de Mateo y los cerró con la palma de su mano. Envlovió el cuerpo y lo cargó entre sus brazos llevándolo frente a la figura de Dios. Lo elevó y regresó a la habitación para colocar el cuerpo dentro del ropero. De éste sacó un pañuelo de seda doblado. Cerró el ropero y regresó al altar. Colocó el cáliz al centro. Al desenvolverlo había dos frascos diminutos con líquido carmesí; en uno de ellos se veía la letra J y en el otro una R. El líquido fue vertido en el cáliz. Tomó el pañuelo y limpió el cuchillo para volver a guardarlo en el libro. Preparó todo para dar la misa por la tarde.

A las 11:59 llegó la hora de la misa. El padre salió y subió al púlpito con calma; miró con determinación a cada persona. Al dar las 12:00 am, llegó el momento de la Consagración. El silencio era absoluto. El sacerdote Cristóbal levantó el cáliz. Esta vez no contenía el vino barato de la sacristía; esta vez contenía la pureza recolectada durante meses.

—Tomad y bebed todos de él porque este es el cáliz de mi sangre

—Su voz resonó con tal fuerza que hizo vibrar los vitrales.

Al elevar la copa, el sacerdote no veía a su congregación de pecadores, veía ángeles. Cerró los ojos y bebió el largo y cálido trago. Sintió la pureza de los inocentes recorrer su interior, limpiando sus dudas y sus miedos. Continuó la misa hasta que finalmente dijo:

—Podéis ir en paz. El sacrificio se ha cumplido

—Concluyó con una sonrisa gélida. Mientras, la gente que salía era bendecida por un hombre que llevaba la muerte en las manos y la pureza en el estómago. El sacerdote Cristóbal se quedó solo frente al crucifijo, convencido de que, por fin, él era el único ser santo sobre la faz de la tierra que podría quitar el mal de cada persona.

Britany Serralde estudia Creación Literaria en el plantel San Lorenzo Tezonco. Ella cree que el arte de escribir es la llave para abrir puertas a realidades que solo ella se atreve a soñar.





Por un hijo

Maricarmen Aguirre Urióstegui

Casi era el verano de 1991 cuando Claudia se propuso a agotar todos sus esfuerzos para lograr quedar embarazada. Se encontraba cerca de los 37 años y todo parecía indicar que era infértil. Esta vez intentaría con unas terapias alternativas de hipnosis con unos brujos que contactó. Aprovecharía que su marido se encontraba fuera de casa por un mes. Además, porque él se negaba a recibir ayuda que no fuera exclusivamente médica. Pero Claudia se encontraba desesperada; sentía que la edad y los comentarios de su familia la presionaban cada vez más.

La primera sesión de hipnosis tuvo lugar en una cabaña casi abandonada a la periferia de la ciudad. El cuarto estaba lleno de animales, seguramente víctimas para rituales de sangre. Claudia se sintió como uno de ellos: amenazada, pero su ansia de ser madre era más grande.

—Quiero que pienses en la relación con tu marido —dijo la hipnotista.

La hipnotista tomó un dije con un cuarzo amarrado con hierbas, mientras entonaba cantos ininteligibles para Claudia. A los pocos minutos, se sintió mareada y disociada. Entre las sombras y el hedor del lugar, se le presentaron imágenes de Raúl, su marido: cuando se conocieron, se hicieron novios, se casaron. Su rostro se mezclaba con colores que parecían fusionarse con el resto del lugar. Después perdió la consciencia.

A la mañana siguiente, Claudia despertó en su habitación con un adormecimiento del lado izquierdo. Soltó un grito ensordecedor: su mano izquierda había desaparecido; en su lugar estaba un muñón ya cicatrizado que palpitaba. Su temor se agudizó más cuando escuchó ruidos en la sala: una figura humanoide de color marrón recorría el sitio dando saltos como una araña.

A pesar de su miedo, Claudia se dijo que la hipnosis estaba funcionando o, al menos, alterando la realidad. Su miedo se transformó en curiosidad. Fue como si la hipnosis adormeciera su capacidad de percibir el peligro y escapar de él. Ahora tenía una sed por llegar al final de las sesiones y ver el resultado. Pensaba que, si se estaba manifestando la transformación físicamente, el futuro bebé sería una consecuencia de ésta tarde o temprano.

Durante la segunda sesión de hipnosis, trabajaron el trauma del abandono del padre de Claudia. Esta vez no había un rostro que se fusionara: sólo una silueta desdibujada que se mezclaba con rojo carmesí. Claudia lloró amargamente durante esa sesión, mientras la hipnotista repetía oraciones ininteligibles.

El dolor del abandono se manifestó al día siguiente: Claudia despertó con la sorpresa de que no tenía el brazo. Era como si el muñón se hubiera recorrido hasta donde estaba su codo. Escuchó fuertes pisadas recorriendo su departamento. Ahora la figura humanoide tenía ambas piernas bien definidas; eran sus mismas piernas, pero ahora estaban creciendo en aquella sombra. El par de piernas deambulaba de un lado a otro sin prestarle atención a ella.

Durante la tercera sesión de hipnosis, hablaron de la soledad de la madre de Claudia. El rostro de su madre se dibujó largo en sus recuerdos, con la sonrisa partida por el abandono. Claudia se perdió en el sentimiento y en el olor de hierbas y sangre del lugar. La invadió un largo desmayo.

Al día siguiente, ya no se horrorizó al descubrir que todo su antebrazo había desaparecido; podía tocar su hombro. La figura humanoide ahora tenía un torso, su torso, y éste se contorsionaba como una lombriz, como si estuviera recibiendo cargas eléctricas de vida. Claudia podía notar como respiraba a la par que ella.

Para la última y cuarta sesión, trabajaron el tema de la infertilidad. La bruja le dijo que era su última oportunidad para frenar el trabajo, pero Claudia quiso continuar. La invadieron visiones de fetos mezclados con colores fluorescentes que le sonreían. Claudia les sonreía de vuelta. Estaba realmente esperanzada.

A la mañana siguiente, Claudia ya no sintió nada: su corazón y la parte superior de su pecho habían desaparecido. Se encontraba totalmente en una condición de zombi. Quiso ver dónde se encontraba su doble; la buscó por todos los rincones.

La otra Claudia apareció en la cocina. Se le veía tranquila y en buen estado de salud. La doble se le acercó y se le lanzó directo al cuello para ahorcarla. Así como la tenía sujeta la dirigió al clóset. Claudia intentó defenderse, pero no podía forcejear con una sola mano. Pronto se venció ante ella. La doble la dejó encerrada en una caja en el clóset.

Al día siguiente, Claudia escuchó cuando su marido regresó del largo viaje. La otra Claudia lo recibió con mucho gusto, como si fuera ella misma. Raúl no notó que no era ella. La doble ya había absorbido por completo su personalidad. La intimidación se reanudó con la doble. Todas las noches escuchaba cómo la doble le pedía un hijo a Raúl y éste no se negaba a darle el gusto.

Cada día que pasaba, Claudia iba perdiendo una parte de su cuerpo hasta que sólo quedó su cara perdida en aquel clóset. Habría enloquecido de haber

tenido un corazón, pero simplemente se quedó tiesa como un fantasma.

Pasados unos meses la doble abrió el clóset. Tomó la cabeza de Claudia y le habló.

—Mira por lo que siempre has soñado —dijo la doble.

Claudia vio que la panza de la doble estaba abultada de unos seis meses.

—Funcionó, realmente funcionó tu sesión de hipnosis —continuó la doble—. Lo malo es que no estarás aquí para verlo hecho realidad.

La doble se dirigió al jardín con la cabeza de Claudia. Hizo un hueco con mucho esfuerzo y enterró la cabeza como si se tratase de un gato muerto. Después de varios días bajo tierra, la conciencia de Claudia también desapareció como si la tierra bajo ella la hubiera absorbido.

Maricarmen estudia Creación Literaria en la UACM. Le encantan los gatos, los edificios voluminosos y escribir poesía acompañada de una chela o un café. Cree que el destino se forja con las decisiones de todos los días.



***Hechos Silenciosos Antología de cuentos
de terror de la UACM***

se terminó de imprimir en 2026,
en el Laboratorio de Comunicación Gráfica
del Plantel San Lorenzo Tezonco de la
Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Se imprimieron 30 ejemplares en papel Bond de 75 g.
Para su formación se utilizaron tipos de la familia Source Serif Variable

Diseñada por Fatima Karol Vallejo Robles

